

Cultura política y comportamiento electoral en el Distrito Federal*

JACQUELINE PESCHARD**

Resumen: El presente trabajo analiza el comportamiento electoral de los habitantes del Distrito Federal, para encontrar si la cultura política ayuda a explicar las constantes y los cambios en el voto de la población de esa concentración urbana, la más grande del país, durante los últimos tres procesos electorales federales: 1988, 1991 y 1994. Estas tres elecciones conforman lo que la autora ha identificado como "el fin del sistema hegemónico", debido a que no sólo existen niveles importantes de competencia en las urnas, sino a que el PRI ya no puede gobernar por sí solo, sino que tiene que recurrir a la colaboración de los partidos de oposición.

Abstract: This paper analyzes the electoral behavior of the Federal District's inhabitants to find out whether political culture helps to explain the constant features and changes in the population's vote in this urban agglomeration, the largest in the country, during the past three federal electoral processes: 1988, 1991 and 1994. These three elections confirm what the author has identified as "the end of the hegemonic system", due not only to the fact that there are significant levels of competition at the polls, but the fact that the PRI is no longer able to govern on its own but has to resort to the collaboration of opposition parties.

INTRODUCCIÓN

EN EL CONTEXTO DE LA ACCIDENTADA transición política que ha vivido México en los últimos años, ha vuelto a surgir el interés por la cultura política, en la medida en que ha cobrado importancia la pregunta de cuáles son las condiciones necesarias para que funcionen regularmente instituciones políticas democráticas, es decir, toda transición implica reformar a las instituciones, pero ¿es ello suficiente o se requiere, además, una ciudadanía con un cierto tipo de código valorativo? En última instancia, la cultura política está ligada al problema de cómo se legitiman los sistemas políticos, o sea, cómo los ciudadanos se identifican con ellos.

Durante la década pasada, en México se han producido los cambios políticos más profundos en los últimos cincuenta años, los cuales han afectado los fundamentos de la articulación tradicional entre la sociedad y el Estado mexicanos, que estuviera fincada en una red de intercambios clientelares y corporativos, así como en una estructura de poder altamente centralizada, alrededor del titular del ejecutivo. Hoy, en el escenario político se suceden acontecimientos que hasta hace muy pocos años parecían impensables, dando lugar a un ambiente de incer-

* Una versión preliminar de este artículo fue presentada en el seminario Political Culture in Mexico, University of Chicago, Center for Latin American Studies, 26-28 abril, 1996.

** Dirigir correspondencia a Instituto Federal Electoral, Periférico Sur y Viaducto Tlalpan núm. 100, Col. Arenal Tepepan, C. P. 14610, México D. F., tel. 628-4348; fax: 573-8187.

tidumbre, que va más allá de ser el mero reflejo de la ya prolongada crisis económica, y en el que todavía no se alcanzan a vislumbrar los perfiles precisos del nuevo arreglo político-institucional.

Los cambios en las relaciones entre los poderes, entre los órdenes de gobierno, así como entre actores políticos han ido acompañados de cambios en el comportamiento político de los ciudadanos. Hoy, los mexicanos tienen una mayor presencia en la arena política: la participación electoral se ha incrementado (la última elección presidencial de 1994 registró el porcentaje más alto de votación de la historia contemporánea —78% de la población registrada—); han proliferado nuevas formas de organización de la sociedad, encaminadas no sólo a promover la defensa de ciertos intereses y demandas, sino a vigilar las acciones del gobierno; la opinión pública ha empezado a jugar un papel influyente en la toma de decisiones públicas y la población se ha activado en su crítica al fraude electoral y a la corrupción gubernamental (Loaeza, 1994).

En contraste con estos cambios, sobreviven viejas formas de comportamiento político que impiden hablar de un patrón claro y definido de actuación, así como de un renovado entramado político-institucional, coherente y bien articulado. Más bien tenemos un panorama en el que conviven reglas del juego, actores políticos y grupos sociales que funcionan bajo lógicas tradicionales del régimen autoritario, junto a otros cuyo comportamiento tiene rasgos más modernos.

En este contexto de novedades que parecen irse asentando, junto con factores que se resisten a desaparecer, surgen las interrogantes pertinentes sobre la cultura política. Hay trabajos que muestran que se han producido cambios en la cultura política de los mexicanos (Both y Seglison, 1984; Meyenberg, 1996), mientras otros sostienen que ésta se mantiene “inmóvil” (Segovia, 1996). Cabe preguntarse, entonces, si los cambios que se registran en el comportamiento político de los mexicanos alcanzan a conformar una nueva cultura política, con rasgos distintivos, es decir, si los cambios están ya integrados en el imaginario colectivo, o se trata de una mezcla de viejas y nuevas representaciones, imágenes y percepciones que comparten un mismo espacio temporal.

Por otra parte, si consideramos la alta valoración que en general ha alcanzado la democracia en el mundo contemporáneo, cabe preguntarse qué tanto dichos cambios se orientan en un sentido democrático, o sea, qué tanto constituyen un sustrato capaz de impulsar y dar sostén a un sistema democrático.

Uno de los terrenos en que más recurrentemente se ha explorado la cultura política de una sociedad es el del comportamiento electoral, en razón de la periodicidad regular con la que se suceden los comicios, lo cual permite contar con series de datos. El presente trabajo analiza el comportamiento electoral de los habitantes del Distrito Federal, buscando ver qué tanto la cultura política ayuda a explicar las constantes y los cambios en el voto de la población de la concentración urbana más grande del país, durante los últimos tres procesos electorales federales —1988, 1991, 1994. Estas tres elecciones conforman lo que he identificado como el fin del sistema de partido hegemónico, entendiéndolo por ello no sólo que existen niveles importantes de competencia en las urnas, sino que el PRI ha dejado de

poder gobernar por sí solo, teniendo que recurrir a la colaboración de los partidos de oposición (Peschard, 1993).

Este período del fin del sistema de partido hegemónico ha conllevado un realineamiento partidario que se expresa tanto en el alejamiento del electorado respecto del PRI, como en el acotamiento del espectro tradicionalmente pluripartidista del Distrito Federal, incrementando con ello la competencia política. Otra característica distintiva de esta época es que la coyuntura política adquiere relevancia como elemento explicativo de la volatilidad del voto.

El presente trabajo se basa en los resultados de tres encuestas consecutivas que fueron elaboradas por un equipo de investigadores que compartía el interés fundamental de vincular la cultura política con el análisis electoral a fin de evaluar su potencial explicativo. En cada ocasión, las encuestas fueron levantadas en la ciudad de México entre dos y tres semanas antes de las jornadas electorales.

El marco metodológico del trabajo está tomado del trabajo pionero de Almond y Verba, en virtud de su aplicabilidad para el análisis empírico del voto, es decir, se ubica en el marco de la teoría empírica de la democracia (Almond y Verba, 1965). Recojo de *The Civic Culture* el planteamiento de que la cultura política es un conjunto de percepciones y orientaciones hacia la acción política que es susceptible de ser revelado a través de la utilización de encuestas y cuestionarios. Sin embargo, en la interpretación de los resultados, utilizo propuestas analíticas de otros autores que resultan más operativas porque distinguen niveles o dimensiones de la cultura política, lo cual permite identificar cambios diferenciados por niveles (Girvin, 1989).

Comparto con los críticos de Almond y Verba que no es posible homogeneizar a los distintos grupos de una población dentro de un solo patrón de cultura política, sin embargo, considero que hablar de una cultura política dominante no es incompatible con la presencia de culturas regionales, locales o sectoriales, más o menos diferenciadas. Tal distinción es importante para este trabajo en la medida en que si algo define al espacio urbano —que es el caso de la ciudad de México— es justamente su heterogeneidad social y consecuentemente las diferentes formas de concebir, evaluar e interpretar la vida política que ahí convive.

Mientras las variables socioeconómicas y demográficas permiten identificar a las bases sociales del PAN y el PRI, el PRD aparece con unas bases sociales que podríamos llamar transclasistas, es decir, que cruzan a las diferentes clases sociales. En cambio, las variables político-culturales distinguen en un primer momento el clivage estratégico (PRI/oposición) que ha caracterizado nuestra vida política en los últimos años, y solamente en un segundo momento permiten determinar el clivage ideológico, vale decir, las divisiones entre las tres principales fuerzas políticas.

I. CULTURA POLÍTICA: UN CONCEPTO AMBIGUO

Dentro de la sociología política, el concepto de cultura política tiene ya un lugar reconocido, pues además de que se ha utilizado ampliamente en los análisis políticos, también ha sido objeto de diversos intentos de teorización y operacionalización.

Sin embargo, la cultura política sigue siendo un concepto ambiguo, en buena medida por su origen multidisciplinario —psicología, sociología, antropología—, que hace que evoque tanto “representaciones”, como “actitudes y opiniones”, así como “valores y creencias” que tienen un diferente grado de abstracción.

Por cultura política entiendo un conjunto de valores, símbolos, imágenes y representaciones que los individuos tienen sobre su sistema político y sobre su propio papel dentro de dicho sistema. Considero que los individuos adoptan este conjunto de percepciones como una manera de dotar de significado a su acción y participación políticas, es decir, la cultura política es algo que se vive y se expresa en el comportamiento político. En mi opinión, hay que entender a la cultura política necesariamente como resultado de un proceso histórico, a lo largo del cual se van conformando los principales referentes políticos (Diamond, 1994:19).¹

La cultura política es la dimensión subjetiva de la política, estructurada por una pluralidad de interacciones interpretativas; es la manera como los individuos procesan sus experiencias con el mundo y con los actores políticos, y aunque influida por éstas, no está determinada ni constituye un mero reflejo de las condiciones sociales y políticas imperantes, es decir, es un plano que goza de cierta autonomía respecto de la estructura política.

No pretendo que la cultura política ofrezca una interpretación integral de los fenómenos políticos, es decir, no considero que la dimensión cultural condense la vida política toda y pueda por ello ofrecer la más completa explicación, ni definiendo el enfoque culturalista. Sí sostengo, en cambio, que la reflexión sobre la cultura política ayuda a captar una de las caras del universo político, la relativa a la manera como los ciudadanos se relacionan con la política.

Dado que uno de los problemas más evidentes del modelo de Almond y Verba es el que se refiere a la manera de abordar el cambio en la cultura política, resulta muy útil la propuesta de Brian Girvin de desagregarla en tres niveles de análisis: la dimensión macro, que se refiere a los símbolos, valores y creencias que definen una identidad colectiva y que por lo general son resistentes al cambio; la dimensión meso, que se refiere a las reglas del juego básicas de una comunidad política que guían su comportamiento, y la micro, que es la relativa a la lucha política cotidiana, es decir, es la esfera de los procesos políticos (elecciones, movilizaciones, alianzas, etc.), donde la cultura política se mueve más de prisa (Girvin, 1989:34).

De acuerdo con este esquema, cada uno de los niveles de la cultura política está sometido a una tensión permanente entre la estabilidad y el cambio, pero en tanto no se modifiquen los valores básicos de la dimensión macro, la cultura política podrá asimilar los conflictos de los otros dos niveles, sin que se pierda el sentido básico o duro de identidad. Dicho de otra manera, es posible ubicar cambios en las formas de negociación política, de construcción de acuerdos, e incluso de adopción de decisiones; puede también llegarse a un momento en que las reglas básicas que guiaban el comportamiento político sean desconocidas por los actores,

¹ Larry Diamond afirma que la cultura política es semejante a una estructura geológica, con depósitos sedimentarios de diferentes épocas históricas.

pero sólo cuando se modifiquen los resortes básicos de las creencias y valores más arraigados, se podrá hablar de una nueva cultura política en sentido estricto.

Los cambios que se observan en la cultura política de los mexicanos se ubican en los niveles micro y meso en tanto que se han modificado actitudes y comportamientos políticos, e incluso las concepciones frente a los referentes normativos de la vida política; sin embargo, subsisten patrones valorativos tradicionales, propios de la época de la hegemonía priísta, tales como la desconfianza en la fuerza y la vigencia de la ley, la convicción de que las capacidades del presidente de la República son casi omnipotentes, la visión de que los otros son enemigos a los que hay que eliminar y no adversarios con los que hay que contender y eventualmente formar coaliciones para poder gobernar.

II. EL PERFIL SOCIOECONÓMICO Y DEMOGRÁFICO DEL ELECTOR CAPITALINO

Al observar la manera como se relacionan el sexo, la edad, la escolaridad, la ocupación y el ingreso con la participación y las preferencias electorales de los capitalinos durante las tres elecciones consideradas, hay una primera constante: aunque en términos generales las mujeres se inclinan más por el PRI que por los partidos de oposición, el sexo no explica las variaciones ni entre una elección y otra, ni entre partidos (cuadro 1).

La edad y la escolaridad sí aparecen asociadas a las preferencias electorales, puesto que mientras mayores son los electores, mayor es la tendencia a votar por el PRI, en contraposición a lo que sucede con el PAN y el cardenismo, cuyo voto tiende a concentrarse entre los jóvenes. En el caso de la escolaridad, la diferencia se presenta claramente entre los votantes del PRI y el PAN, ya que a menor nivel educativo mayor es el voto por el PRI, en tanto que el voto panista se concentra en los niveles altos de escolaridad. En el caso del voto cardenista, la escolaridad no hace diferencia (cuadro 1).

De nueva cuenta, la ocupación distingue a la clientela priísta de la de oposición, puesto que la primera sistemáticamente se concentra entre las amas de casa, mientras que los votos de oposición, particularmente los panistas, lo hacen entre los jóvenes que son justamente los más alejados del PRI. Algo semejante ocurre con el ingreso, ya que mientras éste es menor, mayor es el voto por el PRI, en tanto el voto panista se concentra siempre en la franja de mayores ingresos. La mayor recurrencia al voto cardenista está entre los que tienen ingresos intermedios (cuadro 1).

Estas tablas cruzadas muestran cómo el PRI y el PAN son partidos con una base social definida por la estructura socioeconómica y demográfica, contrastada entre uno y otro, mientras que la del PRD se muestra más fluida, atravesando los estratos sociales, y desde luego está menos contrapuesta con la de los dos principales partidos políticos.

CUADRO 1

DETERMINANTES SOCIOECONÓMICAS Y DEMOGRÁFICAS DEL
VOTO CAPITALINO, 1988-1994 (%)

	1988			1991			1994		
	PRI	PAN	CARD.	PRI	PAN	PRD	PRI	PAN	PRD
<i>Sexo</i>									
masc.	25	13	32	28	19	15	30	30	13
fem.	34	12	29	33	13	14	35	25	10
<i>Edad</i>									
joven	27	16	34	24	28	20	29	30	14
maduro	29	13	32	32	15	13	36	27	10
viejo	34	10	22	40	15	9	33	24	11
<i>Escolaridad</i>									
sin	—	—	—	53	6	—	52	18	—
baja	37	8	32	43	17	9	32	32	10
media	26	13	33	28	16	15	33	27	13
alta	24	21	27	23	17	21	29	22	14
<i>Ocupación</i>									
ama de casa	38	12	26	40	13	10	37	23	8
estudian.	13	21	35	22	16	27	20	39	17
obrero	23	9	40	29	12	7	22	32	16
empleado	33	12	30	28	17	15	33	2	10
independ.	22	16	33	26	18	18	39	23	19
otros	22	14	22	32	19	12	32	31	10
<i>Ingreso</i>									
bajo	33	10	30	36	16	9	32	23	10
½ bajo	33	11	34	26	13	23	28	24	18
medio	20	18	27	26	16	25	39	27	8
alto	18	30	19	43	19	16	40	35	5

Codificaciones: edad: 18 a 29 años=joven; 30 a 49 años= maduro y >50 años=viejo. Escolaridad: hasta 6 años de estudio=baja; hasta 12 años de estudio=media y >12 años de estudio=alta. Ingreso: hasta 2 salarios mínimos=bajo; de 2 a 5 s.m.=1/2 bajo; de 5 a 10 s.m.=medio y >10 s.m.=alto.

Los porcentajes se leen horizontalmente y no suman 100% porque no están consideradas las no-respuestas. Los espacios en blanco indican que no hay datos.

FUENTES: Encuesta Comeco, junio de 1988; UAM-91, julio de 1991; UAM-94, julio de 1994.

En un contexto de cambios importantes en el escenario político-electoral (pluralidad, mayor competitividad, volatilidad del voto), estas variables estructurales son insuficientes para descender al ámbito de las razones que llevan a la gente a votar a favor de un cierto partido o candidato en particular. Son las variables de tipo político que permiten recoger tanto aspectos subjetivos más arraigados (concepciones sobre el sistema político, opiniones sobre gobernantes y sus políticas), como elementos más coyunturales del acto de votar (oferta política específica, cualidades de los candidatos, etcétera).

III. EL PERFIL POLÍTICO-CULTURAL DE LOS ELECTORES CAPITALINOS

Los cuestionarios de las tres encuestas electorales del Distrito Federal contemplan tres grandes tipos de interrogantes relativas a la cultura política de los electores: 1) las que hablan de juicios o evaluaciones sobre el gobierno en turno (de carácter tanto económico como político) y sobre el sistema político en su conjunto; 2) las que se refieren a las actitudes políticas de los electores, y 3) las que abordan el conocimiento o información política de los mismos.

La opinión sobre la situación económica

Algo que distinguió con bastante claridad a las tres elecciones estudiadas fue la situación económica en la que se inscribieron. La elección de 1988 ocurrió en un momento de profundización de la crisis económica, reflejada en una elevada inflación, el peso enorme del endeudamiento externo y la reducción drástica del gasto público, mientras que para 1991, se había logrado controlar la carga del endeudamiento, abatir la inflación y echar a andar el programa gubernamental destinado oficialmente a aliviar la pobreza extrema (Pronasol). Para 1994, sin haberse alcanzado los niveles de crecimiento prometidos, la inflación seguía controlada y había expectativas de mejoría por los buenos datos macroeconómicos, pero sobre todo porque seguía viva la oferta de modernización económica del salinismo.

Las encuestas señalan que 1988 fue el año en que la población del Distrito Federal tenía la peor opinión sobre la situación económica del país y sobre las perspectivas a futuro (en 1988, 72% de la población dijo que la situación económica estaría peor dentro de cinco años, mientras que en 1991 sólo el 34% lo hizo y el 25% en 1994); es decir, la perspectiva sobre la economía fue mejorando progresivamente de elección a elección.

En lo que se refiere a las intenciones de voto, las encuestas confirman que fue en 1988 cuando las opiniones sobre la situación económica fueron notablemente más críticas. Puede observarse también que los votantes priístas en las tres encuestas son marcadamente más optimistas que los panistas y todavía más que los cardenistas que aparecen siempre como los más radicales (cuadro 2).

CUADRO 2
EVALUACIÓN DE LA SITUACIÓN ECONÓMICA (%)

	<i>Situación económica dentro de 5 años</i>										
	1988			1991				1994			
	PRI	PAN	CARD (m)	PRI	PAN	PRD (m)	PRI	PAN	PRD (m)		
Mejor	15	6	5 (8)	43	26	14 (28)	38	24	17 (26)		
Igual	15	18	12 (14)	24	34	39 (32)	33	46	29 (37)		
Peor	66	69	78 (72)	30	36	41 (34)	18	23	41 (25)		
(N)	268	116	272	209	110	99	262	219	93		

(m) Se refiere a los porcentajes generales de la muestra para cada respuesta.

FUENTES: Encuesta Comeco, junio de 1988; UAM-91, julio de 1991; UAM-94, julio de 1994.

La evaluación sobre la gestión gubernamental

A diferencia de lo que se observó en la percepción de los capitalinos respecto de la situación económica, el año en el que la opinión sobre la actuación del gobierno federal fue más negativa fue 1994, aunque en niveles cercanos a los de 1988. Sí hay un contraste marcado en 1991, cuando la visión sobre el desempeño gubernamental mejoró sensiblemente (cuadro 3).

Una primera constante que se aprecia es que las visiones más favorables se relacionan con una mayor voluntad de participación, lo cual se corresponde con la hipótesis de que un mayor acuerdo con el sistema político impulsa la participación política.²

Por otra parte, los votantes priístas tienen una percepción muy optimista de la actuación gubernamental que los distingue de los votantes panistas y cardenistas en los tres años considerados, aunque su momento de mayor optimismo es en 1991, que coincide con el momento en que los votantes panistas moderan su pesimismo, acercándose a la posición de los priístas.

De tal suerte, aunque la evaluación gubernamental hace una primera distinción gruesa entre PRI/oposición, permite también diferenciar el campo opositor a partir del contexto de cada elección. La elección intermedia de 1991 coincidió con el momento culminante de la alianza estratégica entre el PAN y el gobierno salinista, así como con el del clímax de la capacidad de convocatoria del salinismo.

El momento de mayor radicalismo de la oposición respecto del desempeño gubernamental fue 1994, en que el PRD mantuvo su discurso antigubernista y el PAN, buscando deslindarse del salinismo, lanzó una fuerte ofensiva electoral que ofrecía el cambio dentro de la paz. En este sentido, puede decirse que el voto vinculado a la evaluación sobre la gestión gubernamental no es simple e indiferenciadamente de protesta contra el PRI, sino que distingue los momentos y posiciones particulares de los partidos de oposición (cuadro 3).

CUADRO 3
EVALUACIÓN SOBRE LA GESTIÓN GUBERNAMENTAL (%)

	¿Las acciones del gobierno ayudan a resolver la crisis?											
	PRI	PAN	CARD.	(m)	PRI	PAN	PRD	(m)	PRI	PAN	PRD	(m)
Sí	61	44	45	(47)	76	60	40	(56)	57	32	20	(20)
No	33	48	48	(46)	19	31	54	(36)	27	56	68	(47)
(N)	268	116	272		209	110	99		262	219	93	

(m) Son los porcentajes de la muestra para cada respuesta.

Los datos sobre las preferencias electorales deben leerse verticalmente. Los porcentajes no suman 100% porque no están los que no respondieron.

FUENTES: Encuesta Comesco, junio de 1988; UAM-91, julio de 1991; UAM-94, julio de 1994.

² Almond y Verba mostraron que los ciudadanos que tenían opiniones favorables sobre el desempeño de sus gobernantes, eran los más participativos, *op. cit.*, p. 68.

Si algo caracteriza al ambiente político del México actual es la falta de credibilidad en los funcionarios públicos y los políticos en general y una de las banderas de la oposición ha sido la denuncia de la corrupción gubernamental. Con objeto de ver qué tanto esa visión estaba presente en el comportamiento electoral, incluimos en los cuestionarios una pregunta sobre el estado que guardaba la corrupción gubernamental.

El año en que la visión de los ciudadanos del Distrito Federal sobre la corrupción fue más negativa fue 1988 (42% de los encuestados dijeron que la corrupción había aumentado), mientras que para 1991, esta percepción mejoró sensiblemente (sólo 13% lo afirmó). Para 1994, la visión pesimista volvió a repuntar para alcanzar el 31% (cuadro 4). Al igual que en el caso de la pregunta sobre el desempeño gubernamental, aquí se observa cómo se recrea el contexto político de cada coyuntura particular. Aunque el cardenismo representa siempre la visión más negativa de la corrupción, en 1991 sólo el 17% de sus simpatizantes sostuvo que ésta había aumentado (a diferencia de 1988 y 1994 cuando así lo hizo el 49% y el 45% respectivamente) (cuadro 4).

Al relacionar las opiniones sobre la corrupción y las intenciones de voto, los votantes priístas contrastan con los opositores por su percepción relativamente más favorable, aunque en menor proporción que en el caso del juicio al desempeño general del gobierno, pues la mayoría de los priístas considera que la corrupción no ha disminuido, ya que o bien ha aumentado, o bien sigue igual (cuadro 4). De aquí se desprende que la convicción sobre la corrupción gubernamental está bastante extendida, y que atraviesa las diversas clientelas partidarias.

CUADRO 4
EVALUACIÓN SOBRE CORRUPCIÓN GUBERNAMENTAL (%)

	<i>La corrupción gubernamental...</i>											
	PRI	PAN	CARD.	(m)	PRI	PAN	PRD	(m)	PRI	PAN	PRD	(m)
Aumentó	34	40	49	(42)	11	10	17	(13)	17	39	45	(31)
Disminuyó	22	4	12	(13)	39	33	21	(30)	30	20	14	(22)
Igual	37	50	33	(38)	39	52	59	(48)	38	37	37	(39)
(N)	262	116	272		209	110	99		262	219	93	

(m) Es el porcentaje de la muestra para cada categoría de percepción sobre la corrupción. Los porcentajes no suman 100% porque no están consideradas las no-respuestas.

FUENTES: Encuesta Comeco, junio de 1988; UAM-91, julio de 1991; UAM-94, julio de 1994.

Otro tema semejante al de la corrupción gubernamental es el del fraude electoral, que ha ocupado el centro del debate político mexicano en los últimos quince años. Llama la atención la constancia con la que aparece la convicción del fraude, es decir, es semejante, independientemente de las coyunturas políticas, probablemente porque se trata del tema central de litigio electoral.

Al igual que en las preguntas anteriores, aunque los votantes priístas son siempre más optimistas que los de oposición, después de 1988 su visión se hizo más crítica, y de manera sistemática. En cambio los panistas y cardenistas acentuaron

su pesimismo sobre el respeto al voto en 1991, para después volver al nivel inicial en 1994 (cuadro 5).³

CUADRO 5
EVALUACIÓN SOBRE EL RESPETO AL VOTO (%)

	<i>El voto se respeta...</i>											
	PRI	PAN	CARD.	(m)	PRI	PAN	PRD	(m)	PRD	PAN	PRD	(m)
Siempre	37	9	9	(18)	22	8	4	(10)	27	10	6	(15)
A veces	42	38	39	(37)	44	39	37	(41)	52	42	46	(48)
Nunca	13	48	48	(37)	26	50	56	(43)	16	45	45	(34)
(N)	262	116	272		209	110	99		262	219	93	

(m) Es el porcentaje de la muestra para cada categoría de respuesta sobre el respeto al voto.

FUENTES: Encuesta Comeco, junio de 1988; UAM-91, julio de 1991; UAM-94, julio de 1994.

Las motivaciones del comportamiento electoral

Las razones expresadas que mueven a los electores a participar en los comicios y a elegir a cierto candidato y partido político, hablan de los elementos más subjetivos que hay detrás del voto. Las tres encuestas analizadas distinguen cinco tipos de motivaciones detrás de la participación electoral: *a*) las que hablan de un apego a disposiciones normativas (voto porque es un derecho, porque es un deber); *b*) las de tipo reactivo (voto para no tener problemas); *c*) las de tipo electivo (voto para elegir a los gobernantes); *d*) las de tipo expresivo (voto para que el gobierno sepa lo que pienso; *e*) las de tipo cívico (voto para impulsar la democracia).⁴

Las encuestas muestran un predominio de las razones normativas (entre 45% y 58% de las razones evocadas) por encima de las demás que recogen proporciones mucho menores y semejantes entre sí, y además esto se recrea sistemáticamente en cada proceso electoral, es decir, no varía de acuerdo con las coyunturas específicas.⁵ Al igual que en el caso de las preguntas anteriores, las razones del voto no inciden en el nivel de participación.

Aunque las razones detrás de las intenciones de voto que más invocan los electores capitalinos son las normativas, los priístas se inclinan por ellas con mayor intensidad que los de oposición. En las últimas dos encuestas en las que el cuestionario distinguió entre votar por deber y hacerlo por derecho, se aprecia que los priístas tienen más arraigada la idea de la obligación de votar, mientras que los votantes de oposición privilegian la razón del derecho, que está más relacionada

³ Este fenómeno contrasta con la interpretación racional de la elevada participación electoral en 1994, que lo explica a partir de que en dicha coyuntura hubo mayores incentivos institucionales para asistir a las urnas en la medida en que hubo mayores garantías de que se respetaría el voto (Peschard, 1995).

⁴ El cuestionario de la encuesta Comeco no distinguió entre votar por deber y votar por derecho, a diferencia de las encuestas posteriores que sí lo hicieron.

⁵ Las razones normativas del voto no son extrañas a los sistemas democráticos estables. *Cfr.* Philippe Braud, *Le comportement électoral en France*, PUF, París, 1973, p. 29.

con el reclamo democrático que ha sido su bandera electoral durante los últimos 15 años (cuadro 6).

Después de las motivaciones normativas, las otras razones detrás de la participación electoral sí distinguen a los simpatizantes de cada partido. En 1988 los priístas se concentran en el voto reactivo, de temor, mientras que en las elecciones posteriores lo hicieron en el voto electivo. Los panistas y los cardenistas, en cambio, tienden a conjuntarse más alrededor de los votos expresivo y cívico, que se corresponden con los discursos y consignas de la oposición (cuadro 6).

Es posible afirmar, entonces, que las clientelas partidarias distinguen las posiciones que los partidos adoptan en cada coyuntura electoral; es por eso por lo que los votantes priístas invocan razones más conservadoras, en tanto que los de oposición lo hacen con aquellas que tienen que ver con la reivindicación del elector como sujeto político.

CUADRO 6
LAS MOTIVACIONES DE LA PARTICIPACIÓN ELECTORAL (%)

	<i>Razones que llevan a participar</i>											
	PRI	PAN	CARD.	(m)	PRI	PAN	PRD	(m)	PRI	PAN	PRD	(m)
Derecho	57	40	42	(45)	38	38	37	(34)	26	17	27	(27)
Deber					28	16	19	(23)	36	14	19	(25)
Reacción	12	6	10	(9)	5	10	3	(8)	7	4	7	(6)
Electivo	8	8	13	(9)	11	12	7	(9)	12	6	11	(9)
Expresivo	7	16	15	(11)	5	6	18	(9)	11	11	20	(12)
Cívico	8	21	14	(12)	12	13	12	(12)	7	19	15	(10)
(N)	268	110	272		209	110	99		268	219	93	

(m) Es el porcentaje de la muestra para cada una de las categorías de razón de voto.

FUENTES: Encuesta Comecso, junio de 1988; UAM -91, julio de 1991; UAM -94, julio de 1994.

Las razones para votar por cierto candidato o partido político en particular, ofrecen un dato más para aclarar el panorama del perfil político-cultural de los votantes. A pesar de que los cuestionarios de las tres encuestas plantearon diferentes respuestas posibles, éstas se pueden dividir en cuatro grandes grupos: *a*) las razones relativas a las cualidades de los candidatos (porque sería un buen gobernante, porque es honesto, porque es enérgico, porque sabe criticar al gobierno); *b*) las que se refieren a los programas partidarios; *c*) las que tiene que ver con la estrategia política (porque es la oposición más fuerte, o la que más molesta al gobierno) y *d*) las inerciales (porque siempre gana, por costumbre).

En 1988, la muestra señaló que cerca de una cuarta parte de los electores capitalinos pensaba inclinarse por un cierto candidato porque sería “buen gobernante” y otra quinta parte lo haría por sus “buenos planteamientos”, es decir, por razones bastante difusas. De las razones restantes, sólo la más directa (“porque es la oposición que más molesta”) fue favorecida por los entrevistados en un 5%. En cambio, en las elecciones posteriores, las razones de la preferencia electoral se distribuyeron más homogéneamente, es decir, se dispersaron más entre las diversas opciones y en niveles de 15% (cuadro 7).

A pesar de que la movilización masiva fue el rasgo distintivo de la campaña cardenista en 1988, ello no alteró ni le dio un carácter particular a las motivaciones detrás de dicho voto. Sólo 13% de los que dijeron que votarían por el FDN señaló que su preferencia se debía a que era la oposición que más molestaba al gobierno. En cambio, el voto panista sí se concentró en la razón estratégica, la cual resultó tan importante como la menos comprometida de porque es “buen gobernante” (21% y 22% respectivamente) (cuadro 7).

En 1991, el voto priísta destaca respecto de los otros dos porque se concentra en la razón inercial “porque siempre gana” (32%), mientras que el voto panista vuelve a concentrarse en el argumento estratégico de ser la oposición más fuerte (31%), junto con la razón de “honestidad” del candidato. En esta elección intermedia, el voto perredista se distribuyó de manera bastante homogénea entre las razones relativas a las cualidades de los candidatos y la posición estratégica de “es la oposición más fuerte” (24 por ciento).

En 1994, el cuestionario permitió distinguir entre un voto inercial, “por costumbre”, y uno más pragmático o instrumental, “porque siempre gana”, que siguió siendo la razón más socorrida por los votantes priístas (13% y 27% respectivamente), y donde claramente se distancian de los votantes de oposición para los cuales estas motivaciones son prácticamente inexistentes (entre 1% y 3%). Si sumamos estas dos categorías de razones de los votantes priístas, tendremos que el 40% del voto priísta capitalino es “duro”, pero no está cifrado en la lealtad o el partidatismo, sino en la inercia del pasado (cuadro 7).

En 1994, los votantes panistas invocaron mayoritariamente la razón estratégica (“oposición más fuerte”), pero en niveles muy semejantes a las razones de honradez del candidato y los programas del partido (24%, 22% y 21%, respectivamente). Los votantes del PRD también se concentraron sobre todo en la razón estratégica (36%) y sólo una cuarta parte aludió a la preferencia (“porque me gusta”) (cuadro 7).

Considerando la evolución de las motivaciones de la intención del voto, se aprecia que mientras los votantes del PRI se fueron manifestando crecientemente a favor de consideraciones inerciales, los panistas se mantuvieron fieles a sus imágenes basadas en juicios morales (honestidad del candidato). Los perredistas, en cambio, fueron reforzando sus razones estratégicas de una elección a otra.

La dimensión cognitiva

El nivel de información política que tiene una población revela, además de su grado de involucramiento con la política, el carácter de la sociedad en la que se ubica. Así, aunque el nivel de conocimiento sobre los temas y actores de la vida pública del ciudadano medio es escaso, incluso en democracias estables, ahí hay más redes de información, y sobre todo más incentivos para obtenerla, debido a que la sociedad tiene mayor capacidad de injerencia en la vida política de lo que la tiene en los regímenes autoritarios.⁶

⁶ Estudiosos franceses han dicho que es un mito que los electores conozcan bien las ofertas políticas, o siquiera los intereses particulares que quisieran que los partidos promovieran (Braud, 1973).

CUADRO 7
LAS RAZONES DE LAS INTENCIONES DE VOTO (%)

	<i>Razones de la intención de voto</i>											
	1988				1991				1994			
	PRI	PAN	CARD.	(m)	PRI	PAN	PRD	(m)	PRI	PAN	PRD	(m)
Buen gobierno	33	21	32	(22)	—	—	—	—	—	—	—	—
Honrado	3	7	4	(3)	8	24	26	(13)	9	14	16	(9)
Programa	27	18	21	(17)	20	19	19	(16)	21	22	12	(17)
Enérgico	1	8	4	(3)	—	—	—	—	—	—	—	—
Militante	5	3	1	(2)	—	—	—	—	—	—	—	—
Crítico	2	3	2	(2)	—	—	—	—	—	—	—	—
Opos. +fuerte	1	22	13	(7)	12	31	24	(15)	5	24	36	(12)
Costumbre	—	—	—	—	—	—	—	—	13	2	3	(6)
Siempre gana	12	5	4	(5)	32	1	1	(11)	27	1	0	(10)
Me gusta	—	—	—	—	15	18	22	(15)	19	21	26	(19)
(N)	268	116	272		209	110	99		262	219	93	

Los vacíos son preguntas que no se hicieron en ese año.

(m) Son los porcentajes de la muestra de cada categoría de razones de intención de voto.

FUENTES: Encuesta Comecso, junio de 1988; UAM-91, julio de 1991; UAM-94, julio de 1994.

Los datos de las encuestas muestran que el nivel de conocimiento político de los electores capitalinos es bajo y se mantiene constante a lo largo de los tres momentos considerados. No obstante, cabe llamar la atención sobre el hecho de que en el plano específicamente electoral dicho conocimiento es ligeramente mayor, pero con variaciones, ya que el nivel de información es menor en las elecciones intermedias que en las presidenciales.

A partir de dos preguntas: una sobre cargos públicos ocupados por funcionarios y otra sobre partidos y candidatos, establecimos tres rangos de conocimiento político de acuerdo con el número de respuestas acertadas (de 0 a 3= bajo conocimiento; de 4 a 6= conocimiento medio; >6= conocimiento alto). En las respuestas sobre los cargos públicos, el 50% quedó en la clasificación de baja información política, una tercera parte en el rango medio y entre 10 y 15% en el alto. En el caso del conocimiento sobre los partidos políticos, las respuestas fueron mejores en las elecciones presidenciales, ya que una cuarta parte quedó en el rango de bajo conocimiento político, mientras que en la elección intermedia de 1991, se elevó al 39%. Entre 50% y 60% alcanzaron el nivel medio y entre el 11% y el 18%, el nivel alto de conocimiento político.

Aunque en realidad no existen diferencias significativas entre los simpatizantes de los tres principales partidos políticos en lo que se refiere al nivel de información política, ya que siempre domina la baja información sobre los cargos públicos y la información media respecto de los partidos, el votante priísta en 1988 aparece asociado al nivel bajo de información política, pero mejora en 1994, mientras que el votante panista va perdiendo su carácter de relativamente mejor informado que presentaba en 1988. Los votantes cardenistas aparecen con niveles

de información semejantes a los del PRI en las respuestas sobre cargos públicos, mientras que en las respuestas sobre partidos y candidatos se destacan como los mejor informados (cuadro 8).

CUADRO 8
CONOCIMIENTO POLÍTICO Y VOTACIÓN (%)

<i>Conocimiento de cargos públicos</i>												
	PRI	PAN	CARD.	(m)	PRI	PAN	PRD	(m)	PRI	PAN	PRD	(m)
Bajo	56	41	55	(52)	54	59	47	(53)	44	48	46	(50)
Medio	34	42	33	(35)	31	26	32	(31)	43	41	38	(40)
Alto	10	16	12	(12)	15	16	21	(16)	13	11	16	(10)
<i>Conocimiento de partidos</i>												
	PRI	PAN	CARD.	(m)	PRI	PAN	PRD	(m)	PRI	PAN	PRD	(m)
Bajo	35	13	15	(23)	47	42	25	(39)	23	28	22	(24)
Medio	53	65	62	(59)	45	48	57	(57)	62	54	67	(60)
Alto	12	22	23	(18)	8	10	18	(11)	15	18	12	(16)
(N)	268	116	272		209	110	99		262	219	93	

(m) Se refiere a los porcentajes de la muestra para cada categoría de nivel de conocimiento político.

FUENTES: Encuesta Comeco, junio de 1988; UAM-A, julio de 1991; UAM-94, julio de 1994.

IV. CONCLUSIONES

Uno de los propósitos fundamentales de vincular opiniones, juicios, conocimientos y actitudes políticas con las intenciones de voto de los habitantes del Distrito Federal, era explorar qué tanto, en el curso de las tres últimas elecciones federales que se corresponden con la época del fin del sistema de partido hegemónico, se podían identificar diferentes percepciones y convicciones entre los simpatizantes de las tres principales fuerzas políticas, así como de una misma clientela partidaria en las tres coyunturas consideradas.

Los datos de las encuestas señalan en un primer momento que los factores sociodemográficos y económicos siguen diferenciando a las bases sociales del PRI y el PAN, pero no así a las del cardenismo. En segundo lugar, existen ciertos parámetros culturales básicos que comparten priístas, panistas y perredistas, tales como la existencia de la corrupción gubernamental y la falta de respeto al voto, es decir, aparecen como percepciones arraigadas y asumidas que distinguen a unos votantes de otros en función solamente de grados.

Sin embargo, más allá de estas opiniones específicas, es posible identificar percepciones y actitudes de los electores que permiten distinguir los ambientes políticos de las tres elecciones consideradas. 1988 aparece en las encuestas como la coyuntura más crítica tanto en el aspecto económico como en el político; en 1991 mejoran sensiblemente las opiniones de los votantes del Distrito Federal para volver

a hacerse muy críticas en 1994, que fue un año en el que creció la tensión política, reflejándose en las inclinaciones de los votantes.

En lo que respecta a las actitudes, de nueva cuenta hay constantes como aquella que señala que la razón para votar es mayoritariamente normativa y que atraviesa a todos los votantes, independientemente de su inclinación partidaria. Sin embargo, en un segundo momento, es posible diferenciar a los votantes priistas por su mayor conservadurismo e identificación con el régimen político; a los votantes panistas por sus percepciones morales y sus afanes de acción estratégica, mientras que los perredistas se muestran con una posición sistemáticamente antigubernamental.

En suma, las encuestas permiten afirmar que, desde indicadores varios de la cultura política, es posible identificar a las diferentes clientelas de los principales partidos políticos en las situaciones políticas particulares. Dicho de otra manera, el voto de oposición ya no es predominantemente un voto de protesta, sino que hay detrás una identificación con las posiciones de los partidos en las situaciones políticas específicas.

Las opiniones, juicios, actitudes y percepciones que están en la base de la estructuración de la cultura política, están en proceso de construcción y de diferenciación de acuerdo con los referentes particulares del universo político. No cabe duda que la volatilidad es uno de los datos más notables en el comportamiento electoral de los habitantes del Distrito Federal y que detrás de ésta hay nuevas formas de ver al voto y de responder frente a él. En la medida en que se vaya asentando más nuestro sistema de partidos y consecuentemente la competitividad política, seguramente las diferencias entre las concepciones y actitudes de los votantes de una y otra fuerza política irán haciéndose más nítidas. Este trabajo es solamente un esbozo de la afirmación anterior.

BIBLIOGRAFÍA

- Almond, G. y S. Verba, 1965, *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, Little Brown and Co., Boston.
- Both, John y Mitchell Seglison, 1984, "The Political Culture of Authoritarianism in México: a Reexamination", *Latin American Research Review*, vol. XIX, pp. 106-124; Meyenberg, Y., "Los matices de la cultura política democrática en México", ponencia presentada en el seminario Political Culture in Mexico, University of Chicago, Center for Latin American Studies, 26-28 de abril de 1996.
- Girvin, Brian, 1989, "Change and Continuity in Liberal Democratic Political Culture", en J. R. Gibbins (comp.), *Contemporary Political Culture*, Sage, Londres, pp. 31-51.
- Braud, Philippe, *Le comportement électoral*, PUF, París, 1973.
- Diamond, Larry, 1994, *Political Culture and Democracy in Developing Countries*, Lynne Rienner Pub, Boulder, p. 19.

- Loeza Tovar, Soledad, "Political Liberalization and Uncertainty in Mexico", en M. L. Cook, K. J. Middlebrook y J. Molinar (comps.), 1994, *The Politics of Economic Restructuring. State-Society Relations and Regime Change in México*, Center for US-Mexican Studies, UCSD, La Jolla.
- Peschard M., Jacqueline, 1993, "El fin del sistema de partido hegemónico", *Revista Mexicana de Sociología*, año LV, núm. 2, abril-junio.
- Peschard M., Jacqueline, 1995, "La explosión participativa: México 1994", *Estudios Sociológicos*, vol. XII, núm. 38, mayo-agosto.
- Peschard M., Jacqueline, 1996, "Cultura política y comportamiento electoral: el caso de la ciudad de México", seminario Political Culture in Mexico, University of Chicago, Center for Latin American Studies, 26-28 abril, 1996.
- Segovia, Rafael, 1996, "La cultura política inmóvil", *Nexos*, núm. 223, junio, pp. 57-62.